“AQUELLAS MARAVILLOSAS NOCHES”

CATEGORÍA: C

SEUDÓNIMO: LUNALUZ

"AQUELLAS MARAVILLOSAS NOCHES"

Sobre las 9 de la noche, cada día, después de una larga jornada de trabajo, me dirijo a mi pequeño rinconcito donde suelo evadirme y aislarme de mis problemas. Ese lugar en el que te sientes a gusto contigo misma, pero sobre todo, haces que muchas personas disfruten también con mi compañía y el sonido de mis canciones cantadas con un piano. Por si aún no lo habíais adivinado, soy cantante y todas las noches intento transmitir sentimientos con mis canciones a las personas que visitan aquel rinconcito mientras toman un aperitivo en el "*Piano Bar"*. Para mí, acudir todos los días a cantar y tocar el piano lo considero como una vía de escape, ya que es el único lugar donde disfruto de lo que realmente me apasiona, la música, y si veo que además hago felices a los demás, pues el nivel de satisfacción es máximo. No me considero una persona con grandes virtudes, tampoco acostumbro a llevar una vida muy activa, me gusta rodearme de buena compañía e intento ponerle siempre un sentido a la vida. Quizás me haya vuelto un poco más constante en mis acciones desde que descubrí que todo en la vida ocurre por alguna razón. A esa conclusión llegué desde que conocí a Amalia.

Como cada tarde acudía a mi "*Piano Bar"* a deleitar con mi voz y mis notas musicales a los clientes que allí pasaban la noche. Normalmente los conocía a todos, ya que solían repetir diariamente e incluso se notaba el ambiente de confianza entre nosotros. Pero un día tuvimos una clienta nueva. Me llamó la atención desde el momento en el que entró por la puerta. Lo recuerdo perfectamente, era una noche fría de enero, de esas que se te congela hasta el alma sólo con poner un pie en la calle. Pero allí teníamos un ambiente cálido y muy acogedor. Aquella señora venía sola, se sentó en la mesa más próxima al escenario y sin quitarme la vista de encima, mientras yo cantaba la 2ª canción de mi repertorio de esa noche, se quitó el abrigo y se sentó lentamente. Me di cuenta de un detalle, llevaba una cadena en el cuello que no dejaba de apretar con su mano. Parecía ser la foto de un ser querido al que ella anhelaba mucho.

Aparte de eso, pude ver claramente reflejado en su rostro un gran interés previsiblemente por la música. Cuando terminé de cantar la canción, se levantó y muy entusiasmada no dejaba de aplaudir y de decir lo bien que lo había hecho. A mí todos los aplausos me conmueven, pero los aplausos de aquella señora mayor, he de decir, que me llegaron al corazón.

Allí permaneció sentada todo el tiempo que duró la velada y hasta el final, sus aplausos eran los que más sonaban en el local. Al terminar se marchó, sin darme apenas tiempo de acercarme a ella a conocerla y a agradecerle su interés por mi música.

Al día siguiente aquella señora volvió al "*Piano Bar"* y se sentó en la misma mesa que el día anterior. Yo, que ya me había percatado de su presencia, en un descanso entre canción y canción me acerqué a ella. Muy alegremente se presentó, Amalia se llamaba y, cogiéndome las manos, me dijo que cantaba muy bonito y que la hacía muy feliz con mis canciones y mi música.

Yo, agradeciéndole el gesto, me agaché hasta su altura y acariciándole su cara le dije que personas como ella son las que a mí me motivan para cantar. En ese momento me fijé en su colgante y, efectivamente, era la foto de una chica joven.

Muy emocionada, volví al escenario, y de nuevo comenzó a sonar las notas del piano, levanté la mirada un momento y al mirar a Amalia, vi como dos lágrimas recorrían su rostro. Era de imaginar que algún misterio envolvía a Amalia, su mirada perdida y llorando emocionada al verme cantar, no creo que fuera sólo porque le gustaran mis canciones.

Y así, noche tras noche, sin faltar ninguna, mi querida Amalia agradecía con entusiasmo verme cantar, levantándose y aplaudiendo diciendo que era espectacular. Casi sin darnos cuenta, habíamos entablado una relación muy especial y empecé a cogerle mucho cariño a aquella señora. Pero algo extraño ocurrió una noche. Mientras estaba cantando vi como un hombre rápidamente se acercaba a Amalia y cogiéndola del brazo la levantó de forma muy brusca. Como aquella situación me sobrepasaba, dejé de inmediato de cantar y me acerqué para comprobar qué ocurría.

En ese momento pude escuchar cómo le decía a Amalia en voz bajita que se olvidara de volver a aquel lugar, que no era ella, que ya ella no estaba y que se acabó. Atónitamente, después de oír aquello le pregunté si pasaba algo, a lo que educadamente me respondió que nada, que no le echara cuenta a su madre que no estaba bien de la cabeza y que la perdonara si le había causado alguna molestia. A lo que rápidamente le respondí que en absoluto me había ocasionado molestia, si no todo lo contrario, me enorgullecía su presencia allí diariamente. Con mirada triste, bajó la cabeza y se llevó a Amalia.

Ella no opuso resistencia, pero mientras se dirigían hacia la puerta, se giró y me tiró un beso con la mano. No sé, pero en ese momento la incertidumbre me atormentaba por dentro y algo me decía que ese beso era un beso de despedida.

Al día siguiente, cuando ya me disponía a empezar a tocar una de mis canciones, Amalia no estaba. Y así una semana y otra. Hasta que un día no pude más, y esperé hasta la 2ª canción y cuando terminé la 3ª, pedí disculpas y me levanté. Mi cabeza era incapaz de articular palabra.

Aquella noche de sábado, el local estaba a rebosar de clientela, pero la mesa de Amalia estaba vacía como días atrás, y a mí me sobraban todos si Amalia no estaba allí, delante de mí. Con ayuda de un amigo del "*Piano Bar"*, pude localizar su dirección, que por cierto vivía en un barrio al lado del local. Me puse el abrigo y allá que fui a buscarla.

Era una noche lluviosa y con mucho viento, el camino hasta su casa, aunque estaba cerca, se me hizo bastante largo. Cuando por fin logro encontrar su casa, percibo un ambiente que no me gustaba nada. Nunca antes me habían temblado las piernas como me temblaban cuando toqué el timbre de su casa.

No sabía lo que me iba a encontrar, desde que aquel hombre, que era su supuesto hijo, se la llevó así de esa manera, mi cabeza no había dejado de darle vueltas a aquella frase que le dijo: "no es ella, ella ya no está y se acabó".

Pero...¿A quién se referiría? Cual fue mi sorpresa, que me abrió la puerta su hijo, la misma persona que se la llevó del local. En su mirada pude ver mucha tristeza, pero a la vez, tenía la sensación de que me estaba esperando.

Me invitó a pasar y me senté en un sillón de una sala donde los recuerdos de aquella familia eran de admirar, porque era una casa muy acogedora. Yo sólo fijé la vista en un retrato que estaba al lado de la foto de boda en blanco y negro de Amalia y su marido. Era una foto de una chica de edad parecida a la mía. Al lado de la foto, un mensaje con una rosa blanca: *"Te fuiste demasiado pronto, nunca te olvidaré"*. Pero fijándome con detalle en la foto de la chica, pude comprobar que era la misma chica del colgante que Amalia llevaba en su cuello y su parecido con el mío era asombroso. Parecía mi hermana gemela. ¡Ahora todo me empezaba a cuadrar!

El chico, viendo mi cara de asombro al ver el retrato, me dijo que esa chica era su hermana pequeña, que también cantaba y tocaba el piano como yo, pero que desgraciadamente falleció en un accidente de tráfico hacía unos pocos meses. Su madre, Amalia, quedó muy afectada psicológicamente y a partir de entonces se refugió en el "*Piano Bar"* donde vio reflejada en mí a su hija fallecida, debido al gran parecido físico y que las dos compartíamos la misma afición de cantar y tocar el piano. Me quedé sin palabras, por un momento logré ponerme en la piel de Amalia y entendí el entusiasmo y la alegría que sentía al verme cantar. Para ella era como si volviera a ver a su hija con vida. Sinceramente se me partió el alma.

Pero lo peor vino después, cuando su hijo me dio la fatal noticia de que Amalia días atrás había fallecido por el virus del covid-19, estuvo en la UCI varios días y desgraciadamente no pudo resistirlo. En ese momento sentí un gran vacío, como si hubiese perdido a un ser querido, como si hubiese perdido a mi abuela.

Cogiéndome la mano, colocó en ella el colgante de su madre, el que tenía la foto de su hermana, el mismo que Amalia apretaba con su mano cerca de su corazón cuando me oía cantar.

Y estas son las lecciones que a veces nos enseña la propia vida, yo que daba todo mi ser en el "*Piano Bar"*, deleitando a los clientes con mi voz con las notas de un piano, a la vez, había otra persona que también daba todo su ser agradeciendo mi trabajo, sin darme cuenta quizás, de que ese agradecimiento y esa alegría se la proporcionaba yo misma, al recordarle a su tan amada hija.

Ahora cada noche vuelvo a subir al escenario y veo la silla vacía de Amalia, pero aunque ella ahora no esté allí presente, para siempre en mi corazón, quedará grabada su dulce mirada mientras oía mis canciones sentada frente a mí, todas aquellas maravillosas noches. ¡Hasta siempre Amalia!

LUNALUZ